EL LEPROCOMIO DE CABO BLANCO es en la actualidad la lacra física y moral más repulsiva de la nación. No nos referimos a los pobres enfermos allí recluídos, para quienes tenemos profunda simpatía. Nos referimos al régimen y condiciones de vida imperantes en aquel instituto.

Cuando la inconsiderada y violenta campaña en contra de las Religiosas encargadas de **Cabo Blanco,** se aseguró que una éra de perfecta regeneración moral y física iba a comenzar tan pronto como quedara todo en manos de personal laico. Pero la situación actual pide a voces, —que no logra apagar el ruido del mar cercano—, un remedio pronto y eficaz.

El Leprocomio es desde hace pocos años el centro más degradante y público que registra nuestra historia. Es fácil contacto de leprosos y leprosas, la casi absoluta libertad de trato que es garantía del instituto, y aun las condiciones físicas y sanitarias tan deficientes del local, están produciendo la propagación rápida de la lepra. Por testimonio del mismo Director local se ha sabido que cada mes aumentan más los nacimientos ilegítimos dentro del Leprocomio. Son numerosas las enfermas que están en estado. Nacen numerosos niños, sin el contagio; quedan viviendo allí mismo, y a los dos o tres años ya todos están leprosos. Con lo cual **Cabo Blanco** se ha convertido en el más fecundo y constante semillero de nuevos leprosos para el país. Añádase a esto la vinculación casi irrestricta entre mayores y menores de edad, de ambos sexos, y el resultado no puede ser más abominable.

Cabo Blanco necesita remedio, exige remedio. Si en Caracas, "El Silencio" sin ser sanatorio de enfermos requirió medidas drásticas, piénsese por aquellos a quienes incumbe, en la solución que han de dar a este apremiante problema. Por de pronto se hace imperativa la separación de sexos. Y la separación de mayores y menores. Y más atención a los enfermos, y más limpieza y menos cantina.

LA GLORIOSA OBRA MISIONERA. Acaba de publicarse la Gramática de la Lengua Pemón, uno de los idiomas Caribes, por el R. P. Cesareo de Armellada, misionero capuchino del Caroní. Sabemos del ingenio y constancia del Autor, sabemos de los largos días y noches pasados en el estudio y solución de los graves problemas lingüísticos, surgidos en la tierra virgen e inexplorada de esa lengua singular. Incapaces para juzgar de su mérito, aplaudimos sin reserva esa labor intelectual, tradicional en la Orden Capuchina y estamos seguros de que el veredicto de las Academias será en extremo favorable para el hijo de San Francisco.

Pero otro punto de esa Obra atrae hoy nuestra atención y hacia él quisiéramos torcer la de nuestros lectores. Es el prólogo del Dr. P. M. Arcaya. En él, se inculcan tales conceptos sobre la obra y el patriotismo de los misioneros, al mismo tiempo que se vapulea la audacia de algunos autores o apasionados o ignorantes, de las glorias del misionero católico, que deben retenerse en la memoria, como glorioso testimonio y como arma de defensa. El tema es interesante. Sin renunciar a un estudio más detenido de él, por hoy nos contentamos con extractar párrafos del citado prólogo:

". . . Me limitaré a señalar cómo el autor, y sus hermanos en la Orden Franciscana, los misioneros que ahora trabajan en reducir y civilizar esos Caribes, han reanudado del modo tan brillante de que es muestra

este libro, las tareas fecundas que los sacerdotes católicos, y en especial los frailes de esa misma Orden religiosa y otras, llevaron a cabo durante la época colonial. La Venezuela que proclamó y logró después de rudo batallar su independencia fué la resultante de la recia labor de los primeros pobladores y sus descendientes, combinada con la suave y misericordiosa de los misioneros. Aquellos fundaron las primeras ciudades, labraron la tierra, introdujeron el ganado y muchos frutos aquí desconocidos, encabezaron la Revolución de la Independencia, en suma crearon la Patria. Los Religiosos recogieron los indios; protegieron los Obispos a los de Encomiendas; se les enseñó a todos el español, se les catequizó, se les redujo a pueblos. A los misioneros franciscanos les debemos que la mayor parte de nuestra Guayana no hubiese pasado a manos de Holanda primero y de Inglaterra después. Centinelas y fieles guardianes de los derechos de España penetraron en las selvas fronterizas y establecieron el título de la ocupación efectiva que después hicimos valer contra las invasiones posteriores de los ingleses, realizadas porque ya no estaban allí esos servidores incorruptibles de España que, de habérseles dejado actuando, habrían seguido siendo, como lo son ahora, igualmente incorruptibles servidores de la Patria venezolana.

Cuando leo diatribas contra los misioneros me pregunto si quienes escriben eso serían capaces de hacer algo parecido a lo que ellos hacen: irse a la selva, subir a pie empinadas montañas, navegar en frágiles curiaras por ríos desbordados, morar en improvisadas cabañas hechas con estacas y cubiertas con hojas, sufrir hambre e incomodidades, arriesgar la vida a manos de los salvajes, no ahora en Venezuela pero sí todavía en Africa y Oceanía, y antes aquí mismo. Todo esto no por el afán de lucro material, pues nada tienen ni esperan tener, no por ansia de notoriedad pues apenas sus nombres, y no todos, quedan consignados en las Crónicas de sus Ordenes que fuera de un pequeño círculo nadie lee; no, pues, por los móviles que lanzan al común de los hombres a trabajar y arriesgarse, sino por puro amor al prójimo, y por honda convicción religiosa.

Grave error fué el de los Gobiernos nuestros, anteriores al del Gral. Gómez, no haber utilizado estos obreros para la reducción y civilización de los pobres indios que quedaban en nuestras fronteras. Ya hoy muchos de estos se encuentran reducidos. Convendría extender más las Misiones hasta que no existan tribus errantes y desamparadas en el territorio venezolano.

Más aún, debiera utilizarse a estos abnegados religiosos entregándoles la educación primaria en nuestros campos, de modo que por donde quiera estableciesen escuelas rurales y centros de actividad religiosa y cultural. Proponerlo habría parecido antes un exabrupto cuando todavía predominaban en Venezuela los prejuicios que tantos males causaron en Francia, nuestro modelo de entonces, y los cuales se tenían aquí como la palabra definitiva de la civilización y del progreso. Ya esos prejuicios han desaparecido en los países católicos de Europa y antes en los países sajones, aún siendo protestantes.

Mientras tanto, que sigan los Misioneros que hemos situado en nuestras fronteras su santa y benéfica obra de civilizar a los indios, enseñarlos a leer, a escribir, a rezar, a pensar, a aspirar; que salven para la ciencia sus idiomas antes de que por completo desaparezcan, que funden con ellos pueblos que pasado el tiempo serán ciudades; y que las generaciones que nos sucedan aprecien su obra con la veneración que se manifiesta en los Estados Unidos por los edificios y la memoria de las misiones que en California fundaron frailes españoles y cuyas viejas iglesias se consideran allá como preciosos monumentos".

OTRA VEZ LOS NIÑOS. Cuando un edificio amenaza ruina por sus fundamentos y para apuntarlo, nos contentamos con pintar su fachada, miserablemente nos engañamos y más miserablemente perdemos el tiempo y el dinero. Eso es lo que sucede entre nosotros con el problema infantil. Se habla mucho, se escrime más, se fundan algunas buenas instituciones, pero cada vez que se afronta con seriedad el tema de los niños, la grieta aparece más extensa y más ahondada.

Pretender que el Gobierno no se ha preocupado por tan grave crisis, sería abierta injusticia: defender que la ha solucionado o que en su solución ha dado pasos decisivos de avance, sería una adulación tan grande como manifiesta mentira. Estamos alegremente entretenidos en pintar la fachada de la casa mientras ésta se hunde y se derrumba.

El puesto del niño está en el hogar: en el hogar constituído, como Dios manda. Toda otra situación expone al niño, a una vida siempre azarosa y triste. No tiene el cariño que necesita; carece del amparo que reclama su debilidad; se ve privado de los recursos indispensables para su desarrollo físico, intelectual y moral.... Es una hoja suspendida en el aire, a merced de todos los vientos y tempestades. Puede parar esa hoja en un jardín. Pero casi siempre caerá en un lodazal, o rodará por los caminos o será pisoteada por los transeuntes. Esa es la historia de miles de niños venezolanos.

No perdamos el tiempo y el dinero. Y los estamos malgastando miserablemente, mientras no aseguramos la creación y consolidación del hogar, única solución del problema.

NUESTRAS CARCELES. Es voz común que el fin principal de la cárcel, la regeneración del detenido, fracasa en nuestro sistema penitenciario. Cada vez que se comete un crimen de cierta significación, sus jefes y protagonistas son individuos muy conocidos de la Policía y que repetidas veces han gozado del temperamento de la Isla de Burro. Y vuelven a ser detenidos y vuelven alegremente a reincidir.

Recientemente anunciaba la Prensa la detención de una mujer que anteriormente había sido detenida otras sesenta y cinco veces. De ser verdadero este hecho, bastaría él solo para probar grotescamente la ineficacia de nuestro sistema penitenciario. Y es que en realidad ese sistema adolece de dos defectos fundamentales.

1º) **La cárcel no es penitenciaría.** Rechazamos como inhumanos e indignos de toda sociedad civilizada, ciertos procedimientos de torturas y castigos inhumanos. Eso debe proscribirse para siempre. Pero igualmente rechazamos ese otro sistema en que la cárcel se quiere convertir en hotel de turista.

La alimentación debe ser buena pero no regalada.

La distribución humana, pero rígida.

El régimen paternal pero severo.

2º) **La cárcel no es escuela.**

No es escuela donde se inculquen los principios religiosos y morales. No es escuela donde se enseña el trabajo. No es escuela donde se siembren aspiraciones elevadas e ideales de honestidad. Por eso la cárcel no regenera sino más bien pervierte. No es freno del mal, sino aliciente del nuevo crimen. Así se explican hechos tan monstruoos como el de la mujer detenida sesenta y cinco veces ! !

HA MUERTO MONS. SIXTO SOSA, y sentimos no contar con más espacio para comentar una pérdida tan sensible y dolorosa. **SIC** lo contaba entre sus lectores más asiduos y sus propagandistas más eficaces.

Tenía la cordialidad, la campechanía y la prudencia cauta y disimulada del llanero. Un admirable sentido común hacía doblemente amable su virtud. Su humildad y absoluta falta de pretensión arrebataba los corazones.

Murió accidentalmente en Caracas en la reciente casa fundación de sus hijas las Hermanas Carmelitas y una corona de sacerdotes, religiosos y personas piadosas rodeó su lecho en su larga agonía. La Nación entera se sumó al duelo.

Al evocar la memoria de aquel santo varón, amado de Dios y de los hombres, nosotros le suplicamos muy sinceramente nos bendiga desde el cielo.

R. I. P.